

Agua que no has de beber... ¿déjala correr? Metrópolis 2025

El acceso de toda la población al agua potable, en cantidad suficiente y con calidad adecuada para satisfacer sus necesidades, forma parte de los derechos humanos esenciales: es componente insustituible de los derechos a la alimentación y a la salud. Sin embargo, cientos de miles de familias del Distrito Federal y de los municipios conurbados del Estado de México, a pesar de ser parte de la mayor y más importante aglomeración urbana del país, con el más alto ingreso y gasto público por habitante, carecen de este servicio o la calidad del agua que reciben es inadecuada para el uso humano.

Magnitud del problema

En 2005, 177.964 viviendas de la zona metropolitana, el 3.90 % del total, carecían de servicio domiciliario de agua potable, a las que habría que añadir las que tenían tubería pero por ella no circulaba agua, o solo la recibían por tandeo –unos días a la semana–, o la calidad de la que recibían era insuficiente para el consumo humano.

En general, la calidad del agua que llega por la tubería es tan mala, que se ha generalizado la práctica de hervirla, con costo adicional, o de consumir agua embotellada “purificada”, a un mucho mayor costo monetario que la tarifa pública y generando alta contaminación ambiental debida a las botellas plásticas indestructibles por la naturaleza y no reciclables.

La falta de agua potable en la Zona Metropolitana, que llegaría a cerca de un 23% de la que dispone, obedece a la combinación de múltiples factores.

Agua viene, agua va

Una parte del agua consumida en la ZMVM se trae de las cuencas del Lerma y el Cutzamala, a cerca de 130 kilómetros de distancia y hay que subirla unos 1000 metros para llegar a la altura de la metrópoli, a un alto costo de inversión en infraestructura y en energéticos. Otra parte se extrae del subsuelo, desde cerca de 400 metros de profundidad, también a un alto costo, causando una grave sobreexplotación de los mantos acuíferos que da lugar a su agotamiento, y a hundimientos del suelo de entre 10 y 15 centímetros al año, que fracturan las redes de distribución del agua y el drenaje. Lamentablemente, entre un 30 y un 40 % de este líquido se pierde por fugas en las redes de distribución.

Paradójicamente, luego de traer así el agua potable, habrá que construir obras tan costosas como el drenaje profundo o las plantas de bombeo para extraer del valle cerrado las aguas usadas, pues no se han construido sistemas de purificación de aguas negras que permitan su reuso en actividades como riego, limpieza, usos industriales o comerciales, etc. Además, si estas obras se construyeran, evitaríamos el altísimo grado de contaminación que produce su evacuación por el sistema hidráulico del centro del país, que afecta a las poblaciones ribereñas y a su producción pesquera, pecuaria o agrícola, parte de la cual regresa a la metrópoli en las cadenas alimenticias.

La ilusión del agua de lluvia

Tampoco cuenta la metrópoli con sistemas de recolección de aguas lluvias que se reinyecten a los mantos acuíferos, o que vayan al consumo en los usos convenientes; el agua lluvia conducida por la vialidad, va a parar al drenaje, contaminándose y

causando riesgos y/o accidentes como inundaciones y deslaves. Si atendiéramos estos dos frentes, reduciríamos significativamente la necesidad de traer agua de fuera, ahorraríamos con ello y dispondríamos de la que necesitamos para toda la población.

La inequidad

La distribución social y territorial del agua es tan desigual, que hay colonias donde no se recibe agua corriente, en otras se reciben entre 50 y 80 litros por persona al día, mientras algunas áreas de altos ingresos llegan a recibir hasta 450 litros por persona al día, lo que representa una grave afrenta para la justicia distributiva que debe regir la acción pública.

Falta cultura del agua

La falta de una cultura del ahorro de agua potable es otro factor de la escasez, que tiene múltiples aristas que nos involucran directamente como responsables a los ciudadanos, entre los que es simbólico el desperdicio en el lavado de coches o calles y el riego de jardines.

No se cobra lo suficiente ni equitativamente

Los gobiernos metropolitanos, cada uno por su lado, mantienen subsidios generalizados al consumo de agua, para ricos y pobres, consumidores y productores, que hacen que se cobre solo cerca del 62% de su costo real, situación que se agrava con el hecho de que 6/10 del agua obtenida por la metrópoli no se cobra porque se fuga, por conexiones ilegales, por ausencia de facturación o por evasión del pago, que en muchos casos implica a grandes empresas e instituciones públicas y privadas. Así, los sistemas de agua potable que sirven a la metrópoli carecen de recursos para la inversión, la innovación y la operación necesarias para brindar un servicio de calidad.

Mucho ruido, poco agua

Esto nos lleva a un último factor de escasez: el suministro de agua y su calidad, no representan una prioridad real para los gobiernos Federal y de la metrópoli, descoordinados o enfrentados en este tema, como lo hemos observado recientemente, por la extracción del agua a las zonas campesinas, por la asignación del agua a una u otra parte de la ciudad o por el precio de compra y venta. Para estos gobiernos son más importantes los mega distribuidores viales o los 2º pisos, muy visibles y que se pueden inaugurar muchas veces, que las obras hidráulicas que no son muy espectaculares. Sólo esto explica que en muchos años no se haya encontrado solución a la carencia de agua potable en muchas colonias de Iztapalapa, donde no reciben agua, la reciben por tandeo o con una pésima calidad.

Propuesta para una acción coordinada y urgente

Estos hechos nos imponen a los habitantes de la Zona Metropolitana, la necesidad de debatir con las autoridades un conjunto de temas nodales, y a elaborar conjuntamente políticas públicas que nos garanticen **el derecho al agua potable** de calidad y en cantidad adecuadas.

Entre ellas, sugerimos: la obligada concertación sobre el tema y las opciones entre los gobiernos Federal, del Estado de México y del DF; la programación de innovaciones e inversiones en el sistema como la introducción de plantas purificadoras en el valle y el reuso del agua purificada sin que salga de éste; la recuperación y uso de agua lluvia; la distribución equitativa del agua entre los diversos sectores socio-territoriales; el establecimiento de tarifas más cercanas al costo del agua potable, mediante la eliminación de subsidios a quien no los necesita, estableciendo tarifas diferenciales que tengan en cuenta realmente la cantidad consumida, los niveles de ingreso de los consumidores y el uso doméstico o comercial del líquido; y finalmente, la demanda de que el agua sea un problema prioritario en las políticas urbanas, por encima de las obras viales de relumbrón y otros gastos superfluos que no remiten a la subsistencia y la calidad de vida esencial de los habitantes de la metrópoli.